

IX

HACIA MEXICO

AQUEL azaroso viaje de catorce días desde Veracruz a México, podría tomarse como un prelude de las dificultades posteriores que caracterizaron el efímero reinado de Maximiliano y Carlota. Para llegar a la capital de su Imperio, había que subir, a través de sólo doscientos setenta kilómetros, desde la tierra veracruzana al nivel del mar, hasta la meseta central, a 2,500 metros de altura. Y los caminos, en plena estación de lluvias, eran peligrosos lodazales que los hacían casi intransitables. Precisaba trepar por escarpadas montañas, ascender las empinadas cuestas de las sierras al borde de imponentes precipicios, conquistar cumbres por sobre brechas y carreteras angostas, llenas de guijarros, de hoyancos y de barro que impedían muchas veces la marcha o la demoraban a tal grado que algunos días sólo pudieron avanzar cuatro kilómetros. El más leve desliz de alguna de las ruedas de los carruajes, un paso en falso de los caballos, hubiera hecho rodar a los Emperadores al abismo.

Hubo varios accidentes en el trayecto por tierra cuando, después de abandonar el tren que entonces sólo llegaba hasta Paso del Macho, los Soberanos y su séquito continuaron su viaje en seis diligencias. El coche en que iban Sus Majestades, sufrió la rotura de un eje y, mientras se reparaba, según un autor francés, tui-

ron que transbordar a un carromato ocupado por varios oficiales franceses y algunos mexicanos imperialistas.

En el pueblo de La Soledad, a cuarenta y dos kilómetros de Veracruz, se sirvió un almuerzo a los Soberanos y su comitiva.

Aquel villorrio veracruzano, situado en las márgenes del río Jamapa, era ya histórico. Cuando después del Convenio de Londres, las naciones tripartitas —Inglaterra, Francia y España—, se presentaron en Veracruz, allí se había firmado un tratado. Venía la expedición anglo-franco-española con el pretexto de cobrar sus deudas, cuyo pago el Gobierno había ordenado suspenderse durante dos años, pero con la intención inequívoca de invadir el territorio nacional. Solicitaron y obtuvieron del gobierno del Presidente Juárez, mediante el documento conocido por el Tratado de La Soledad, que mientras se entablaban las pláticas y discusiones relativas al pago de la deuda, los ejércitos extranjeros podían emigrar de la costa hacia otras ciudades del interior, para librarse así de la mortífera epidemia de fiebre amarilla que había hecho presa ya de incontables soldados.

Naturalmente aquel Tratado fue sólo una simple hoja de papel para los invasores. Inglaterra y España, más sensatas, se retiraron, pues al ver que sus ejércitos eran recibidos con hostilidad y resistencia, y no como héroes libertarios, abandonaron la aventura. Sólo Francia que ya había premeditado la invasión desde mucho tiempo atrás, desde que Napoleón III soñó con crear un imperio francés en Latino América, permaneció en México. Pero el monarca de las Tullerías que creyó en un principio dominar aquel "país anárquico y semisalvaje" con 500 zuavos, tuvo que reforzar su expedición invasora con un cuerpo de cuarenta mil hombres.

En mayo de 1864, en que Maximiliano y Carlota almorzaron en La Soledad, es decir casi tres años después de haber desembar-

cado las tropas napoleónicas en Veracruz, sólo algunos Estados, principalmente los contiguos a la Capital, se encontraban bajo el dominio total de los franceses y sus cómplices, los monarquistas mexicanos.

La lucha no había sido tan fácil. Allí estaba la heroica defensa de Puebla del 5 de mayo de 1862, en que la victoria de Zaragoza retrasó los planes napoleónicos todo un año, dando tiempo a que, por un lado, se organizara y afianzara el desorganizado y paupérrimo ejército mexicano; y por otra, a que Estados Unidos, ocupado en su propia guerra civil, influyera con su apoyo para hacer respetar la Doctrina Monroe, inyectando nuevos ánimos a los defensores republicanos.

La empresa descabellada del Pequeño Napoleón costaba a Francia millones de francos y miles de vidas. Bien pronto, tres años nada más, Napoleón habría de comprobar con hechos, que su "negocio mexicano" había sido un rotundo fracaso. Salvaría sus tropas para campañas inaplazables como la de Sedán, que constituyeron su caída. Pero tras ellas quedaría en México una víctima: Maximiliano. Y en Europa, Carlota, ya herida de su mente por la tensión nerviosa de dos años de vicisitudes y angustias, recorrería los palacios reales inútilmente. Ni Napoleón en Saint Cloud, ni el Papa Pío IX, en el Vaticano, ni Francisco José en Schoenbrunn, o su propio hermano Leopoldo II de Bélgica, que entonces ocupara el trono a raíz de la muerte de su padre, harían nada en favor de los desgraciados monarcas. Ellos deberían pagar muy caro aquel sueño insensato de un hombre ambicioso y sin escrúpulos.

¿Lo sabían, lo intuían en aquel almuerzo de La Soledad donde, curiosos y asombrados, se inauguraron en el excitante escozor de un picante mole de guajolote y paladearon por primera vez aquel aguardiente aromado con hojas de hierbabuena?

Los peligros constantes de aquel viaje a la Capital, debieron hablarles como un presagio. Para llegar hasta la cumbre donde estaba su trono, tuvieron que sortear abismos y despeñaderos. Así habría de ser su reinado: un perenne equilibrio sobre precipicios en donde por fin, tres años más tarde, sucumbirían ambos. El, traspasado por las balas de los republicanos en Querétaro; y ella, viviendo un martirio de sesenta años de locura.